

por Floridablanca para la admision de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Carlos III, aunque lo intentaron con ahinco, á reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y á las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituian la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataba de introducir. El informe de la de Salamanca, la primera en categoria y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué podía esperarse cuando ejercía en ella una especie de dictadura el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas á Heineccio y á Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagacion de las luces como de los intereses materiales, halló medios de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas: y el creador del Banco de San Carlos creó tambien los colegios de Artillería y de Marina; el colonizador de Sierra Morena estableció el Jardín Botánico y el gabinete de Historia Natural; y el fundador de la Compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que despues admiró el sabio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera tambien el fulgor literario que España en otros tiempos le habia prestado, y regresó á su turno con el nuevo brillo que habia debido comunicarle otra civilizacion mas avanzada. La intimidad con el vecino reino que bajo el aspecto político habia hecho tan funesta el Pacto de familia, fué de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI sin la tétrica fisonomía que le imprimió el genio sombrío de Felipe II, y humanizado y ataviado con las conquistas de la razon.

Ciencias, administracion, legislacion, educacion pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas á que se habian dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Florez, y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Campmany, de los Masdeu, de los Risco y los Casiri, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbon. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el mas exquisito juicio critico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribian á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisicion, que aunque amansada ya, todavia condenaba á Olavide, y acusaba de herejes á los que habian aconsejado la expulsion de los jesuitas. La poesia y la elocuencia subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazon y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrea, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratin reformaba el teatro español, y Melendez restauraba la poesia castellana, mientras los sabios prelados Climent y Tavera restituian á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo que decia el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacia célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitada despues. El buril de Selma embellecia la magnífica edicion del *Quijote* de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la Peninsula á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelara bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Carlos III el Luis XIV de España si los dias de su reinado hubieran sido tan largos como los del monarca francés: pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fué mucho menos déspota. Luis XIV erigió el absolu-

tismo: Carlos III le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y le aventajó en virtudes como hombre. Carlos III no introdujo en la corte el fausto oriental como Luis XIV, ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aquí ni las Lavalliere ni las Maintenon del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes en la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus genios. Aquella dejó establecida una institucion que creyó necesaria para la unidad religiosa: este halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba á la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Así va marchando la sociedad humana hácia su perfeccion.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, porque en medio de la revolucion de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada á las necesidades y adelantos de la moderna civilizacion. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de Estado como en no haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo avezado de largos siglos al despotismo y á la Inquisicion, hubiera ido perdiendo el amor á la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas á quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de *sui eos non cognoverunt*? No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolucion francesa, y que la religion y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavia, tildaran y acusaran á los consejeros de Carlos de enciclopedistas y afectos á la filosofía francesa del siglo XVIII que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y á fe que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugía ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crisis, que el clero y la Inquisicion no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentara el espíritu de reforma; hizo mas, intentó reprimirle.

No sabemos, sin embargo, cómo se hubiera desenvuelto Carlos III de los compromisos en que habria tenido que verse si le hubiera alcanzado la explosion que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fué para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en visperas de aquel grande incendio.

Sucedióle su hijo Carlos IV á fines de 1788.

XVI

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV al trono español, estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda Europa é hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las transformaciones sociales. Y así fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigía á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecia que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba *¡atrás!* y la Francia, armada tambien, contestaba *¡adelante!* Las ideas, sin embargo, avanzaban mas dentro de la Francia que los ejércitos

fuera. Estados generales, asamblea constituyente, asamblea legislativa, convencion, república, directorio, consulado, imperio.... monarquía, democracia, despotismo militar.... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habiase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heroico. Cuando Napoleón establecia repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galvánico no ha cesado. Pasan otros quince años y las ideas que habian retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpetuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las transformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditaran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederian espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frío razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos monstruos. La leccion fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles mas. ¿Han aprendido los hombres de ahora mas que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos. La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nacion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del Estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecian: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razon humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los mas extremados reformadores se han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al jefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleón: ahora otro Napoleón, deudo de aquel, y como él jefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su sitio á otro pontífice, Pio tambien como el abofeteado de Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le habia impuesto una expiacion, y al cual ella obedecia de mal humor sin saberlo. Tambien Alarico iba de mala gana á Roma y obedecia á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin: la Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entre tanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Solo sabemos que es así, porque nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre, aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavia de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase despues tiempo y ocasion de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolucion de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones que comenzaron aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario. Porque los hombres de la revolucion, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposicion de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebatado y al frenesí, y no habia ni concesiones que los contentaran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posicion excepcional. Era Carlos IV pariente de Luis XVI, vivia el Pacto de familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazon ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Carlos III habia dejado como en herencia á su hijo, temia que invadieran la Peninsula las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo, todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI, fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convencion.

Solo despues del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república contra el dictámen del viejo y experimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un jóven que habia opinado por la guerra. Este jóven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las mas difíciles situaciones en que pudiera verse nacion alguna, obtenia ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó Don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, porque se añadia un guarismo mas al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolon, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco despues habia de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basilea, que nos costó la cesion de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesion de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué pasajero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales; Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española,

que mas por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heroico comportamiento de nuestros marinos. Perdimos quince navíos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situación de la Francia habia cambiado. Aquella nacion que no habia podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad habia anegado en sangre, y buscó un hombre que atajara la sangre, aunque ahogara la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna y solo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecian á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entever por debajo del manto consular la corona imperial con que habia de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo, se la hubiera dado él mismo y la Francia hubiera callado. Napoleón emperador, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes habia creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbon, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fué de la convencion, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destruccion del coloso aliándose con las potencias que guerrearán ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningun enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleón triunfaba en Jena de la cuarta coalicion; y Berlin le abria sus puertas. Napoleón y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaracion. Godoy procura enmendar el yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupacion de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevia negárselas? Una escogida division española fué trasportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleón. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. A Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental, monstruosa concepcion, que se tuviera por delirio pueril, si no hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. A España, ¿quién podria pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajustase el célebre tratado de Fontainebleau, por el que se partía el Portugal en tres trozos, como tantas veces se ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves. El Pacto de familia parecia apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbon y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Carlos IV. ¿No se destinaba un nuevo principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleón á él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajo tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingian

hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no habia tenido nacion alguna, el de que el gran Napoleón creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleón discurria con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos á Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II y el príncipe Carlos, se reproduce en la ocasion mas critica otro parecido entre Carlos IV y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora mas benignidad, hubo tambien menos misterio, y reveláronse á la nacion flaquezas que deploraba, y á Napoleón discórdias que servian grandemente á sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se habia inspirado á Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? O era solo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vió un monarca denunciando á la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y á la madre echando públicamente la ignominia del crimen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdon de sus padres: al soberano de España haciendo al emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleón á espaldas de su padre la proteccion imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba mas el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse á principios de 1808 en poder de los franceses y por traicion ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavia; admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la corte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabia en el corazon de la hidalga nacion española sospechar de un hombre tan grande como Napoleón una grande alevosía. A dos cosas estaba dispuesta; á imputar al valido Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; á esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecía. Aborrecia á aquel tanto como amaba á este. Así en el motin de Aranjuez Godoy fué el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valido, y abdicó Carlos IV por salvarle; que Carlos IV y María Luisa amaban mas al amigo que al trono. Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personaje en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Carlos IV.

Nadie ignoraba el origen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no habia cuidado de acreditarse de circunspecta. Movia á lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase..... caballero de la insignie orden del Toison de oro, gran cruz de Carlos III (la que este monarca habia creado para premiar la virtud y el mérito.....) primer secretario de Estado y del despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes..... capitán general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps..... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. A poco tiempo se casó con una sobrina del rey. Despues fué generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo lejos de ceñírsela, que á tal equivalia la partija que se le adjudicaba en la distribucion de Portugal. Fué el valimiento mas monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duracion no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veían destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer solo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas y

hombres desusados, crecia el odio del pueblo hácia él, que siempre la odiosidad popular carga mas sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado solo con el favor, y por consecuencia mas vulnerable. Ello es que marchaban á la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y á la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de Estado tan de corazon avieso, tan de intencion torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado despues la historia? ¿Se ha considerado para calificar sus transacciones diplomáticas la indole y calidad de los negociadores con quienes las habia? ¿Pudieron el clero, la Inquisicion y las órdenes religiosas, cuya reformation habia comenzado y amenazaba llevar á mas lejano término, contribuir á acrecentar el desabrimiento hácia el privado, haciéndole extensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, á quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle despues cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan á un cuerpo que se asatea sin pecar, ha hablado á su vez en propia vindicacion. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifican ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus Memorias de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, ó con tupido velo cubiertos, ó solo por un lado hasta ahora presentados. Los juzgaremos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira solo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con mas entusiasmo que lo fué Fernando VII. El día de su entrada en Madrid despues de la abdicacion de Aranjuez, el regocijo público no tenia límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban á convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Carlos, de María Luisa y de la reina de Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el *pobre Príncipe de la Paz*. Lastiman el alma las de Carlos y Fernando á Napoleón. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España angustiada y congojosa despues de los primeros trasportes de alegría espera que salga una palabra de los labios del emperador para saber á quién piensa dar el derecho de reinar, si al padre ó al hijo. Napoleón en Bayona se asemejaba á esas serpientes que atraen con su hábito á los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre habia cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle á los pies del señor de los reyes. Pero Napoleón es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le trasfiere á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Se da el ascenso que habia meditado en la carrera de los tronos de su invencion. Abochornan las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradacion en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo mas firmeza y mas dignidad que sus príncipes. Y esta nacion, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Carlos III se habia ido disipando, se levanta imponente á proveerle á sí mismo, á sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su paciencia; y resucitó el antiguo genio ibero con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los días mas infaustos y mas felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer

sacudimiento despertó el viejo león de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y á su eco fueron respondiéndole una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite á los hombres obsecarse para perderse, cuando traspasan su mision sobre la tierra, y no habia trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo.

Vinole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque solo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con mas cordura por parte de Napoleón, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué conveniente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellara en esta tierra excepcional, de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni mas unánime ni mas imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nacion se levanta *como un solo hombre*, lo fué en esta insurreccion gloriosa. Un solo sentimiento movia como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nacion que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nacion. Se improvisan ejércitos; se organizan. Es la nacion que se defiende; es la nacion que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos habia sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene á luchar tambien en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta y se levanta tambien. En cambio Napoleón hace trasportar á la Península el grande ejército de Alemania, desguarneciéndole aquellos países. Vienen gentes de todas regiones. Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Extraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heroico.

No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria: y cambiando el arado, el escoplo ó el libro de texto, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimentados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban despues el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, y acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecia convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiracion que los triunfadores de Jena habian rendido sus espadas en Bailen, y que las legiones del vencedor habian dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heroicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroismo en cualquier region del globo en que se ha querido excitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de *guerrilleros*, de esos soldados sin escuela, modernos Viriados, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el suelo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas é inesperados ataques, diezaban pequeños cuerpos enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendian convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia les